

Contemporánea

# CRISTÓBAL PERA

## La bahía suspendida



DEBOLSILLO

## I

Un día, uno de esos malos días de septiembre, que es un mes que no dice nada, que sólo sirve de espacio intersticial, de paréntesis entre el sopor, el desperezo veraniego y la febril e inútil actividad que comienza a despuntarse con desgana en otoño, un día cualquiera de ese mes, Sebastián Adorno se despertó más temprano.

Los estores se batían en el aire como ramas de sauce rozando los libros apenas con las puntas. El sol, entrando por la ventana, calaba su rostro como una fina lluvia. Sepultado bajo las cortinas arrancadas de su habitación, la suave brisa, el calor del sol en la piel y el musgoso roce de la lana le transportaron a un pequeño bosque. El motor de un coche, fugaz y solitario, le pareció el sonido de una ola. En ese preciso momento Sebastián Adorno decidió escribir una novela.

## II

Eran los restos de la noche pasada. Su cuerpo yacía muellemente en el suelo, desparramado entre páginas y cortinas, como náufrago llegado a una playa de letras en lugar de arena después de un temporal nocturno. En el silencio de la casa los ojos de Sebastián recorrían los lomos de los libros y las paredes verdes y los diplomas y las cornucopias que los rodeaban con la mirada del traidor junto a su víctima, con el despego de quien sabe que puede ser la última vez que ve algo y se alegra.

Había cambiado, era un hombre nuevo. De repente Sebastián Adorno vio a Sebastián Adorno envuelto todavía entre cortinas. Se observaba desde fuera de sí, enajenado de sí mismo, como si se espíase desde una alta esquina del cuarto. Y se veía plácido y se gustaba. Y a la alegría de ese nuevo enfoque se añadía la imagen superpuesta, la metáfora que fluía: él era, envuelto entre cortinas, la crisálida de ese hombre nuevo. La oruga Sebastián Adorno se estaba metamorfoseando en la mariposa Sebastián Adorno. Fue aquélla su primera visión y mentalmente la anotó.

Cerró los ojos y, acercándolos a un rayo de luz que dormía en su hombro, pensó en la última noche, en su primera escena. Sebastián decidió convertirse así en su primer personaje. Se tenía muy a mano.

### 3. *Náufrago de sí*

Abandonado por todos, en la nocturna soledad de los libros de jurisprudencia que anegaban su espacio vital y después de beber media botella de whisky de papá Adorno, Sebastián tomó una decisión absolutamente inapelable: abandonaría las oposiciones a un mes de su presentación.

Tres factores habían influido en su ánimo: primeramente los vapores alcohólicos en alguien como él, que sólo bebía limonada; en segundo lugar, la noticia del tercer conocido que era internado en una “casa de salud” en su sexto intento opositor, y, por último, la reciente aparición de unas manchas del color de la púrpura en las ingles que alarmaron a un hipocondríaco como él.

La agitación que produjo en su mente esta heterogénea mezcla hizo que prorrumiera en sollozos que aumentaban de intensidad y, barriendo los libros de los anaqueles con la palma de la mano, comenzó a pisotearlos y a arrancar sus hojas como quien despluma un pollo muy odiado.

—¡Oh, Dios! —exclamó al fin Sebastián y, agarrando las cortinas para secar su rostro de lágrimas, cayó con ellas al suelo armando un estruendo de vajilla rota. Después lloró y lloró, desconsolado y solo, como sólo se llora encerrado por dentro en el cuarto de baño.

## IV

La teoría comenzaba a funcionar. Era necesario pasar a la praxis, que debía iniciar incorporándose. Desechadas las primeras e impulsivas ideas sobre piras incendiarias con volúmenes y habitación en llamas, debía encaminar su cerebro hacia proyectos más viables. Sebastián reparó en que si decidía su purificación por el fuego necesitaba quemar en efígie a papá y mamá Adorno y a una mujer que no podría ya seguir participando en su nueva vida: su ya antigua novia que, ahora, era como un volumen más sobre la mesa. Eso era; Rita era un descosido tomo y hasta ahora no se había dado cuenta. Además el método tenía cierto regusto medieval que le disgustaba. Sorprendido de sí mismo ante la severidad y frialdad de sus juicios se estremeció un poco y, de un salto, se puso en pie apartando de un manotazo los cortinajes que cubrían su cuerpo.

Era todo tan extraño; ser tan distinto y estar rodeado de cosas tan viejas. Comenzó a discurrir mientras andaba por el pasillo, arriba y abajo, con su cabello rubio desaliñado, la camisa enmarañada y los pantalones cayendo. Las manos enlazadas en la espalda le daban la seguridad del que se decide a pensar en algo grande. Y lo que pensó fue que él tenía dentro un inmenso caudal de ternura que ni los libros ni la jurisprudencia, ni las paredes verdes, ni papá ni mamá Adorno eran capaces de absorber. Rita —lo sospechaba hacía tiempo— no

es que no lo absorbiera, es que lo reflejaba como un espejo. Y al pensar la palabra “espejo” se encontró de frente con uno que le devolvió su imagen como una fugaz salpicadura de azogue. Se miró a los ojos, y, en un segundo, decidió quitarse aquel bigote que le manchaba la cara. Era la primera decisión del nuevo Sebastián. Una automutilación renovadora y refrescante.

## V

Su novela debía absorber todo el caudal de ternura que henchía su cuerpo. Sebastián se repensaba como vulgares metáforas: era un volcán a punto de entrar en erupción; era una olla exprés silbando.

Por momentos sentía cómo su sensibilidad, adormecida y abotargada hasta entonces, aprisionada entre artículos y códigos, tomaba una velocidad uniformemente acelerada. Sólo la literatura, intercalada subrepticamente entre los temas, le había salvado del desastre final. Pero aquél era un hábitat hostil para el nuevo Sebastián Adorno. Sus ojos le mostraban ahora, súbitamente, todo el horror que le rodeaba, la vulgaridad de los caros objetos que decoraban la casa, la repetición de los ritos diarios de papá y mamá Adorno. Lo suyo era, sencillamente, inadaptación al medio.

De este modo, tan natural y simple, nació la segunda decisión de Sebastián Adorno: debía buscar su propio universo porque aquél era un universo muy barato. Huiría lejos de su casa. Aquel día antes de su huida lo vivió Sebastián escindido en dos partes bien diferenciadas. La primera dominada por la teoría, la segunda por la praxis.

## VI

En la primera parte de la jornada, a solas con su inteligencia, el joven Adorno calibra las posibilidades de su huida mientras pasea descalzo por los pasillos en los que el polvo y la suciedad campean ya por sus respetos. Volviendo de nuevo a la teoría en una combinación con la praxis no calculada pero propia de un cerebro como el suyo, Sebastián pensó cómo, cuándo, adónde y por dónde.

Levantando una polvareda de pelusas y colillas se abrió paso hasta la entrada de la casa. Allí estaba, providencial, en el correo de la mañana, el cheque que papá Adorno le mandaba desde alguna parte de Europa. Papá y mamá Adorno habían partido hacía unas semanas con rumbo desconocido a revivir su viaje de bodas y todavía no habían vuelto. Tan sólo aquel papelito le mantenía en contacto con ellos y le decía que estaban vivos.

Emboscado ahora bajo el escritorio de caoba de papá Adorno, en la misma postura acurrucada que tomaba cuando, siendo un niño, se quedaba a solas en la casa, Sebastián prosigue las cavilaciones de su marcha acompañado esta vez por media botella de whisky.

Decididamente iría a la montaña. El remedio para su espíritu lo encontraría en verdes laderas en donde su ternura se derramara como la nieve. Parecía que su pensamiento se elevase ya a las alturas y el aire puro y fresco hinchara sus pulmones



de renovados ideales. Pero lo que hizo justamente en ese momento fue tomar un trago de whisky.

Era su infancia, sin embargo, la que, con el recuerdo de sus antiguos veranos en los bosques, tiraba de él. Era la llamada de la montaña a la que él acudía. El tren le alejaría pronto de todos esos años vacíos que ahora arrugaba y tiraba al cesto de los papeles. Él no era un héroe y lo sabía. Pero hay cosas que con la ayuda del alcohol se pueden afrontar.

Su soledad tan sólo había sido compensada hasta entonces por las muchachas de rubios cabellos que en aquel rudo verano pasaban por su calle montadas en sus motocicletas, llenando el aire con sus cabelleras como modernas valquirias. Conocía bien a cada una de ellas e incluso las clasificaba desde su ventana imaginando a veces obscenas escenas en las que sólo eran llamadas a participar algunas de la bandada.

Sebastián se revuelve el cabello y después se cubre el rostro con las manos. Desaforado y solo, emboscado bajo la mesa de caoba de su padre, escoge a una de las chicas y, así, violentamente, comparte un poco de ternura con la desconocida ejecutando el pecado de Onán.

## VII

En la segunda parte de la jornada Sebastián salió de casa con unas cuantas decisiones debajo del brazo. Para empezar se dirigió al banco con paso todavía seguro y decidido. Allí cambió por un fajo de billetes el papelito que le recordaba a papá Adorno. Sebastián sacaba dinero y una frase: “Manejaba el dinero con un despego cuasi cuáquero”. Pero al traspasar la puerta ya la había olvidado.

Después se dirigió a una agencia de viajes con unos andares ya algo perjudicados por el alcohol que se iba abriendo paso en su cabeza. Apareció con su facha desgarbada y ondulante y, después de evitar con un esguince una excursión a castillos templarios que una pesada señorita intentaba venderle, consiguió su billete de tren y su reserva en el hotel de la montaña.

Finalmente un Sebastián ya tambaleante llamó a la puerta del tío León Adorno. Era la oveja negra de la familia y el único de quien Sebastián podía esperar una palmada en la espalda, unos cuantos consejos inservibles y un silencio casi absoluto antes de su huida. Aquello era en el fondo la llamada que hace el suicida al amigo de la infancia antes de matarse y que no es la última despedida antes de su muerte sino la primera esperanza de su vida.

Por el tiempo que tardaba en abrir la puerta Sebastián notó que había bebido. “¡Esto huele a perro mojado!”, pensó

Sebastián mientras entraba. Tío León, revelando con su sonrisa la insultante blancura de sus dientes, le presentó su calva y Sebastián la besó.

—¿Sabes? —soltó Sebastián—. Es como si tuviera algo dentro de mí que fuera a explotar de un momento a otro.

Tío León lo miró a los ojos y, pasándose la mano por el bigote blanco y descuidado que amarilleaba de nicotina en los bordes, le dijo:

—Estás hecho un buen canalla, ¿eh, Sebastián! A que has bebido..., ¿eh?..., pequeño sinvergüenza.

Aquello empezaba a no gustarle, pero como no tenía a mano a ningún amigo de la infancia comenzó a contarle sus proyectos de futuro, sus ganas de escribir y su viaje.

Sentado en el sillón el tío León abrió la boca con satisfacción y dijo:

—Qué pronto has aprendido de tu tío, eh, pequeño Adorno. Te has cansado por fin de soportar al gato.

El tío León sonreía y lo miraba con ojos muy vidriosos. Siempre de tan buen humor. Sebastián no se atrevía a preguntarle a qué gato se refería pero intuyó una metáfora de papá Adorno. Las palabras que vinieron a continuación confirmaron sus sospechas.

—Así que el pequeño ratón se siente enjaulado y está harto de roer libros. Siempre pensé que tenía un sobrino ingenuo, sin poderío, y ahora veo que estaba equivocado. Te has convertido en un verdadero canalla..., eh, Sebastián.

El tío León Adorno vivía de mandar crucigramas a ciertos periódicos y de una renta que papá Adorno había condescendido en administrarle a tenor de la edad que iba alcanzando. Sebastián lo veía en contadas ocasiones, siempre con placer. Solían ser visitas a escondidas de las que sacaba algunos libros y alguna que otra historia de su juventud heroica. Se le veía ya, sin embargo, entregado a las botellas y a su hermano.

Un retortijón inesperado, un retorcerse sobre sí mismo y su jovial expresión cambió. “La úlcera”, pensó Sebastián.

—Es la úlcera —musitó el tío León.

Se levantó pesadamente y en cada inspiración se crispaban las arrugas de su rostro. Sebastián reconoció entonces el secreto aroma de su tío, la mezcla de colonia barata y cigarros de Filipinas que exudaba su bufa y amable figura.

—Estoy viendo que te has convertido en un perfecto canalla —dijo sin darle esta vez ni el más mínimo matiz cariñoso a la palabra—. ¿Quieres ver a tu madre llorando y a tu padre echarme a mí la culpa de tus malas influencias? ¿Qué será de esa chica que dejas abandonada a su suerte? ¿No has pensado en el enorme dolor que le causas? ¿Ni siquiera se te ha ocurrido que se pueda suicidar tirándose por la ventana? Te lo digo porque a mí me ocurrió.

El tío León comenzaba a dar entonación a su discurso. Sebastián, cada vez más enfundado en el sillón, pensaba: “Se está escuchando, se está escuchando a sí mismo y se empieza a gustar. Esto se pone feo”.

—De manera que piensas dedicarte a poeta o algo por el estilo. Pues ¿sabes lo que te digo? Que ser poeta es ser una mierda. Así como lo oyes. Y te lo digo porque yo intenté serlo y mi obra completa se despachó en dos páginas de una antología pagada por una casa de refrescos. Sebastián, mira en mí lo que quieres llegar a ser. Te ofrezco una oportunidad única. Un espejo de tu futuro, un espejo de soledad, de crucigramas y de botellas vacías.

El tío León se dejó caer en el sillón extenuado por el esfuerzo mientras Sebastián, en una autodemostación de frialdad, de indiferencia ante el discurso, se dirigió a la nevera. Tenía hambre. La nevera del tío León estaba que daba pena. Dos botes de leche con fecha caducada, un trozo de jamón de York rancio y una lata de alcázaras. Pensó: “¿Es esto lo que me esperaba?” A su vuelta el tío León se había recuperado y proseguía:

—Mira, muchacho, hay cosas en la vida que uno tiene que aclararse antes de salir a la calle todos los días aunque sea para comprar el pan. ¿Soy yo un hombre de acción o soy un contemplador que se entrega a los demás? ¿Qué viaje pienso emprender en esta vida? Y ¿quién me va a acompañar? Hay gente que equivoca el orden de las preguntas y después se arrepiente. Tú, Sebastián, no eres un hombre de acción y lo sabes muy bien. De manera que déjate de hacer tonterías porque más te valdría irte a las misiones a bautizar chinitos.

Sebastián se levantó. ¿A qué venían los chinitos? Después de todo aquello no sabía si reírse o pegarle una patada. Y al pensar la palabra “patada”, justamente en ese momento, comenzaron a lloverle en las espinillas. Su tío León lo echaba a puntapiés de la casa y él corría por el pasillo pisando cucarachas.

En la puerta de enfrente un grupo de personas hacía cola ante la consulta de un médico y una vieja miraba con horror la tumultuosa escena. Tío León disimuló y, pasando su brazo por el cuello de Sebastián, le dijo al oído: “¿No pensarás marcharte sin una última historia de tu tío?” Sebastián volvió a entrar y decidió fríamente convertir al tío León en su segundo personaje y apropiarse descaradamente de su historia.

## 8. *El tío León*

La vida del tío León era un enredado crucigrama, un damero maldito con una sola palabra, DINERO, a la que no había conseguido ligar otras como AMOR, AVENTURA o ALCOHOL.

¿Qué le habría movido a actuar así? Una respuesta podría encontrarse en el repentino ataque de su úlcera sangrante. Otra, en el temor de ser considerado cómplice de algo que pudiera costarle el cheque mensual de papá Adorno. El mundo se mueve por cheques al portador. Pero lo mejor de todo

era que el tío León no se había apercebido de que era un nuevo sobrino el que lo visitaba. No había notado cómo su discurso había resbalado untuosamente por la piel del nuevo Sebastián. Un tío León turricefálico y barbiturizado no había caído en la cuenta de la ausencia de bigote bajo la nariz de su sobrino. No había sido descubierto.

### *9. Todo el amor en un paquete de cigarrillos*

En un verano de infausto y grato recuerdo, un adolescente soñador conoció a una joven bellísima, de nombre Fulvia. León, que así se llamaba el adolescente, sintió en un determinado momento que amaba desde siempre a aquella chica de andares elegantes, con toda la fuerza de los elementos desatados de la naturaleza. Con la fuerza de aquella lluvia que mojaba su cara mientras la miraba. No había hablado jamás con ella y ya pensaba incluso que sería su mujer.

Pasaron varios días antes de que al joven desesperado le fuera dada la oportunidad de hablar con la joven objeto de su deseo. Pasaban juntos la tarde y sólo se miraban mientras ella se esforzaba por contener las lágrimas.

Ella le dijo: “Me gustas desde que te vi por primera vez. Parecías triste paseando con tus padres por la playa”.

Él dijo: “Estaba triste por ti”.

Entonces se besaron con los labios cerrados y los ojos abiertos. Era tan feliz aquel momento que León lo conservó toda su vida guardado en un pequeño cofre en su memoria. Sólo lo abriría en contadas ocasiones para evitar que el recuerdo se gastara, que se fuera evaporando lentamente.

Fumaron juntos un cigarrillo y entre virtutas de humo se prometieron amor eterno. Pero una sombra cruzaba por los ojos empañados de una Fulvia que no conseguía dominar sus lágrimas. Dijo: “Es tan cruel la vida con nosotros. La primera

vez que amo a alguien y no sé cómo decirte que mañana me marchó tan lejos”.

León sintió una punzada muy fuerte en el corazón y los besos fueron entonces suicidas. Querían morirse en cada beso. Lo deseaban ardientemente. Pero no morían y la noche se extinguía a una velocidad de vértigo.

Ella vivía en otra ciudad, en otro país. Estaban separados por mares y por ríos. Sabían que no volverían a verse hasta el siguiente verano y se habían empezado a amar con una violencia desconocida en este mundo. Ella mojaba el cuerpo de León con su belleza, sus cabellos, sus besos y sus lágrimas. Él las contenía. Ella dijo: “No tengo nada que darte. Ni una foto siquiera”. Él, entonces, le pidió que escribiera su nombre en el paquete de cigarrillos y se lo diera. Ella le pidió su mechero.

Él dijo: “Te quedan doce cigarrillos. Me fumaré uno cada mes y así sabré que tú estás lejos pensando en mí. Pero sobre todo sabré que el último cigarrillo lo encenderás tú con mi mechero”.

El sol se asomaba ya por el mar. Ella cerró los ojos y, bajando la vista, ocultó el dolor que dibujaba su rostro. Él cogió aquella hermosa cabeza entre sus manos, entre sus largos dedos, y besó su cabello, sus cejas, sus ojos, uno a uno, su nariz, su barbilla, su cuello y por fin se besaron con los labios abiertos y los ojos cerrados. Él no podía soportar tanta felicidad y tanto dolor juntos en tan poco tiempo y, antes de que ella dijera nada más, corrió y corrió por la playa mojando la arena con lágrimas como olas.

Los meses pasaban, cigarrillo a cigarrillo, y la imagen de Fulvia se iba agrandando. Su amor por ella crecía más y más a cada bocanada de humo. Ni una carta, ni una llamada. Tan sólo el recuerdo de las palabras dichas. Era un amor que se expandía en el silencio.

«Su sensibilidad recién estrenada recibió entonces un inesperado regalo a través del cristal de la ventanilla. Un grupo de nubes que navegaba el horizonte de una tierra seca y agrietada construyó una perfecta bahía»

Al inicio de un verano sofocante un joven abandona no sólo sus estudios sino también la casa de sus padres y llega por azar a una playa perdida con el deseo de conocer el mundo que lo rodea y escribir una novela. En ese hotel de montaña varado en la orilla de una bahía, Sebastián Adorno conocerá a Aurora, una mujer de insólita belleza, y a un grupo de jóvenes que trabaja para los viejos turistas alemanes del Hotel Hoffmann. La presencia de Sebastián cambiará para siempre las vidas de los habitantes de la bahía y la suya propia.



**CRISTÓBAL PERA** (Sevilla, 1961). Se licenció en la Universidad de Barcelona, hizo el doctorado en la Universidad de Texas en Austin y un máster en edición en la Universitat Pompeu Fabra. Comenzó su carrera editorial en Galaxia Gutenberg y posteriormente fue director literario de Debate en Random House Mondadori. De 2006 a 2015 fue director editorial de Penguin Random House México. Desde 2015 es director en The Wylie Agency.


ISBN 978-607-315-168-9




9 786073 151689

[www.megustaleer.com.mx](http://www.megustaleer.com.mx)

DISEÑO DE PORTADA: PENGUIN RANDOM HOUSE /  
BRUNO VALASSE  
FOTOGRAFIA DEL AUTOR: © TEDDY SCHINAGL

 /megustaleermexico

 @megustaleermex